

## Spender y Altolaguirre: una amistad en un poema

Gabriel Insausti

El cercano centenario de Manuel Altolaguirre puede ser una buena ocasión para indagar en algunos capítulos poco divulgados de su trayectoria y uno de ellos es su amistad con el poeta inglés Stephen Spender. Cómo se conocieron es cosa no del todo aclarada: Rafael Martínez Nadal afirma que lo hicieron en Londres<sup>1</sup>, lo que supondría que el encuentro tuvo lugar entre el otoño de 1933 y junio de 1935, durante la estancia londinense del matrimonio Altolaguirre-Méndez gracias a una beca de la Junta de Ampliación de Estudios. Sin embargo, al parecer no existe documento que lo acredite y, por otra parte, en su autobiografía Spender da a entender que conoció a Altolaguirre en Valencia en 1937<sup>2</sup>.

¿Estaba tan desmemoriado Spender cuando escribió *World Within World*? Lo cierto es que el poeta demuestra allí que no sólo gozaba de una memoria vivísima sino que –como veremos– redactó el texto ayudándose de cartas, diarios y otros papeles que había guardado consigo durante veinte años; de modo que su testimonio parece más fiable que el de un Martínez Nadal que, además, escribe tres décadas más tarde y a quien es posible que se le escapase algún detalle. Por otra parte, los epistolarios de Altolaguirre de la etapa londinense abundan en alusiones a amigos y colaboradores –Edward Sarmiento, Ramón Pérez de Ayala, el propio Martínez Nadal– entre los que no aparece Spender.

Un posible eslabón londinense entre ambos sería Stanley Richardson, que sí aparece en la lista. En «Antecedentes y colofón de la revista 1616», Concha Méndez recordaba cómo el trabajo de editor puso en contacto al matrimonio con numerosas personalidades del ámbito académico y literario. Sin duda Richardson fue uno de los contactos más estrechos: colaboró asiduamente con la revista, publicó como suplemento su *Way into Life* e hizo las veces de asesor literario de Altolaguirre, iniciándole en la lectura de Donne, Marvell, Keats, Coventry Patmore, Blake y Shelley, cuyo *Ado-*

<sup>1</sup> Martínez Nadal, Rafael, Luis Cernuda: el hombre y sus temas, Madrid, Hiperión, 1983, p. 87.

<sup>2</sup> Spender, Stephen, *World Within World*, Londres, Hamilton, 1951, p. 231.

*nais* intentó traducir el malagueño. Pues bien, Martínez Nadal recuerda cómo Richardson procuraba en aquellos años congraciarse con el Londres literario y cómo procuraba ganarse, ante todas, la amistad de Spender. ¿Apareció el joven poeta, aún en sus inicios?<sup>3</sup>, por la casa del matrimonio Altolaguirre en Warwick Road, por donde iban y venían los personajes más variopintos?

Hipótesis improbables aparte, lo cierto es que la amistad entre ambos poetas queda consignada a partir de las tres visitas de Spender a una España en guerra. La primera comenzó en enero de 1937: Spender voló a Marsella y de ahí a Barcelona y Alicante, con la misión de informar al *Daily Worker* sobre los avatares del buque soviético Comsomol, hundido por los italianos. Después de pasar por Gibraltar, las tropas nacionales le impidieron llegar hasta Cádiz, lo que interpretó como una buena ocasión para visitar Tánger y Marrakech, antes de volver a Barcelona y de ahí a Londres. En suma, una breve excursión por un paisaje exótico más que una entrega activa a ninguna causa. Pero a su regreso, y pese a un conocimiento epidérmico de la realidad española, Spender encontró que se había convertido en un «experto» sobre el conflicto y recibió una oferta: director de las emisiones inglesas de la radio socialista de Valencia. Tomó de nuevo el avión a finales de enero, cruzó la frontera por Port Bou y Wogan Philipps, que conducía una ambulancia, lo llevó hasta Valencia, donde encontró que ya no existía la radio para la que iba a trabajar. Lejos de suponer un contratiempo, esto significaba –de nuevo– un mayor margen de libertad para campar a sus anchas por la España republicana: viajó a Madrid, se alojó en la Casa de la Cultura, tuvo ocasión de contemplar el combate en la Ciudad Universitaria, visitó el frente en Albacete y volvió a Valencia, en cuya Oficina de Prensa conoció a Hemingway y a Altolaguirre, «que se convirtió –dice Spender en su autobiografía– en uno de mis mejores amigos de España».

El eslabón fue aquí la directora de la Oficina de Prensa y su marido, el oficial del Ejército del Aire Hidalgo de Cisneros<sup>4</sup>, que convencieron al británico de que debía conocer a su sobrino Manuel, también poeta. El primer encuentro fue escenario de uno de esos rasgos de excéntrica generosidad que perfilaron la figura del malagueño a los ojos de Spender: tras buscar infructuosamente una edición de las obras de Shakespeare durante la maña-

<sup>3</sup> En 1935 Spender sólo había publicado un libro de prosas –*The Destructive Element*– y dos libros de poemas, uno de los cuales –*Vienna*– constituyó un rotundo fracaso.

<sup>4</sup> Constanza de la Mora Maura, nieta de Antonio Maura, se había casado en primera nupcias con Luis Bolín, primo de Altolaguirre; luego lo hizo en segundas nupcias con Hidalgo de Cisneros. En su autobiografía *Doble esplendor recuerda los días de lucha en el bando republicano*.

na, Spender vio cómo Altolaguirre se ausentaba veinte minutos y volvía por fin de su casa, visiblemente sofocado por la carrera ¡con los once volúmenes de la edición de Johnson de 1786 en sus brazos! Imposible rehusar: todavía en 1951 el poeta leía con orgullo la dedicatoria «A mi querido camarada Spender, con profunda gratitud por su visita a España».

No acabaron aquí las visitas. La tercera y última tuvo lugar en el verano de 1937, como delegado en el Congreso de Escritores, donde conoció a Bergamín, Hernández, Machado, Paz, Alberti, Neruda y Malraux, cuya figura le impresionó vivamente. La descripción del ambiente del Congreso que bosqueja Spender es sumamente interesante: por un lado, la ortodoxia ciega y el censurado debate sobre Gide y su *Retour de l'URSS*; por el otro, la exasperante frivolidad y el egoísmo de los intelectuales supuestamente comprometidos, que en realidad ven en la Guerra Civil Española una ocasión de pintoresquismo predecible, moderada aventura y días de asueto a cargo del generoso gobierno republicano. En medio de todo aquello, la presencia de Altolaguirre fue para Spender «un alivio», pues a él se le veía «poco afectado por la histeria generalizada». Un ejemplo: en cierta ocasión, mientras Alberti recitaba, preguntó a Altolaguirre si le gustaba el poema. A la respuesta negativa, Spender contestó con una nueva pregunta: ¿por qué? «Porque soy yo, yo, yo, yo –respondía Altolaguirre, golpeándose apasionadamente el pecho– el que debería estar recitando»<sup>5</sup>.

## Las historias de Altolaguirre

En realidad, el conflicto español supuso un profundo cambio de rumbo en la evolución ideológica y literaria de Spender, dentro de un fenómeno generacional muy interesante y donde la figura de Altolaguirre juega su papel. Porque el anecdótico relacionado con el malagueño parece haber seducido al británico, que no dudó en rendirle homenaje en «To Manuel Altolaguirre», poema de setenta versos blancos que el lector encontrará en los *Collected Poems* editados en 1985. Allí Spender evoca al poeta mirando por la ventana durante un bombardeo; de pronto una figura que había sobre el dintel de la ventana –una paloma de estuco– se desprendió con una de las sacudidas y, haciendo una pirueta, vino a golpearle en la frente:

¡La sangre, oh, la sangre! Corría por tu frente  
y tus dedos palparon por ver si estabas muerto.

<sup>5</sup> Spender, Stephen, *World Within World*, Londres, Hamilton, 1951, p. 246.

Pero no: orgulloso de tu herida  
fuiste a mostrarla a tus vecinos, cual medalla.

«Pero cuando llegué al siguiente piso  
pude ver por la puerta, completamente abierta,  
a través de la balaustrada,  
que estaban esparcidos por las sillas  
–abuelos, padre, madre, con los hijos–  
los doce envueltos en vendajes,  
dos con el brazo en cabestrillo, y uno con muletas.

¿Qué podía hacer yo sino volver arriba,  
regresar a mi cuarto a solas?»  
Me pregunta tu carta mientras leo  
en Londres el periódico inundado  
de titulares: «cae Barcelona»<sup>6</sup>.

*El caballo griego* da una pista sobre la anécdota con que arranca el poema. En el capítulo XXXV, cuenta cómo la casa donde se hospedaba Altolaguirre sobrevivió a tres bombas y él intentó consolar a sus vecinos gritando que no pasaba nada. «Y señalaba por el balcón abierto –describe el poeta, en una imagen visionaria– la fachada de enfrente. Una mujer colgada de una inmensa paloma pedía auxilio. Vi cómo la salvaron. Me reía. La paloma de estuco la estuvo sosteniendo mucho rato»<sup>7</sup>. Es evidente que, aparte del elemento tragicómico del ornamento en forma de paloma, el relato visionario de *El caballo griego* dista mucho de la minuciosa anécdota de «To Manuel Altolaguirre», que llega incluso a introducir el estilo directo a modo documental, cediendo la voz a una supuesta carta del poeta malagueño que Spender leería desde Londres. Es más, el fragmento citado corresponde a un momento entre fantasmagórico y teológico de la narración, donde Altolaguirre se santigua, hace examen de conciencia y pide a Dios perdón por la risa ante los efectos de su cólera: una invitación a contemplar esa paloma no sólo como objeto lúdico e ingenuo sino como símbolo cristiano, que aquí sugeriría una esperanza de salvación.

Spender conocía perfectamente esa simbología: no sólo su admirado Eliot la empleó en «Little Gidding», sino que él mismo la recreó en «The War God»: «Why cannot the one good/ Benevolent feasible/ Final dove

<sup>6</sup> Spender, Stephen, *Collected Poems*, Londres, Faber and Faber, 1985.

<sup>7</sup> Altolaguirre, Manuel, *Obras completas*, Vol. I, Ed. James Valender, Madrid, Istmo, 1986, p. 125.